

INTRODUCCIÓN

La historia de la clase obrera en Inglaterra comienza en la segunda mitad del siglo pasado, con la invención de la máquina de vapor y las máquinas destinadas a trabajar el algodón. Es sabido que estas invenciones desencadenaron una revolución industrial que, simultáneamente, transformó la sociedad burguesa en su conjunto y cuya importancia en la historia del mundo apenas ahora comienza a comprenderse.

Inglaterra es el terreno clásico de esta revolución que fue tanto más poderosa cuanto que se hizo más silenciosamente. Por eso Inglaterra es también, el clásico país donde se desarrolla su resultado esencialísimo, el proletariado. Solamente en Inglaterra es que puede estudiarse el proletariado en todas sus relaciones y desde todos los ángulos.

Por el momento pasaremos por alto la historia de esta revolución, de su inmensa importancia para el presente y el futuro. Este estudio hay que reservarlo para un trabajo posterior más amplio. Provisionalmente, debemos limitarnos a los varios datos necesarios para comprender los hechos que expondremos, para comprender la situación actual de los proletarios ingleses.

Antes de la introducción del maquinismo, el hilado y el tejido de las materias primas se efectuaban en la propia casa del obrero. Mujeres y niñas hilaban el hilo, que el hombre tejía o que ellas vendían, cuando el padre de familia no lo trabajaba él mismo. Estas familias de tejedores vivían mayormente en el campo, cerca de las ciudades, y lo que ellas ganaban aseguraba

perfectamente su existencia, ya que el mercado interior constituía todavía el factor decisivo de la demanda de telas -incluso era el único mercado-, y que la fuerza aplastante de la competencia que habría de aparecer más tarde con la conquista de mercados extranjeros y con la expansión del comercio, no pesaba aún sensiblemente sobre el salario. A esto se añadía un incremento constante de la demanda en el mercado interno, paralelamente al lento crecimiento de la población, que permitía ocupar la totalidad de los obreros; hay que mencionar además la imposibilidad de una competencia feroz entre las obreros, debido a la dispersión de la vivienda rural: En términos generales, el tejedor hasta podía tener ahorros y arrendar una parcela de tierra que cultivaba en sus horas de ocio. Él las determinaba a su antojo porque podía tejer cuando y por el tiempo que lo deseara. Desde luego, no se trataba de un verdadero campesino porque se dedicaba a la agricultura con cierta negligencia y sin sacar de ella un beneficio real; pero al menos no era un proletario, y -como dicen los ingleses- había plantado una estaca en el suelo de su patria, tenía un techo y en la escala social se hallaba en un peldaño por encima del obrero inglés de hoy día.

Así los obreros vivían una existencia enteramente soportable y llevaban una vida honesta y tranquila en toda piedad y honorabilidad; su situación material era mucho mejor que aquella de sus sucesores; ellos no tenían necesidad alguna de matarse en el trabajo, no hacían más de lo que deseaban, y sin embargo ganaban lo suficiente para cubrir sus necesidades, tenían tiempo para un trabajo sano en su jardín o su parcela, trabajo que era para ellos una distracción, y podían además participar en las diversiones y juegos de sus vecinos; y todos estos juegos: bolos, balón, etc., contribuían al mantenimiento de su salud y a su desarrollo físico.

Se trataba en su mayor parte de gente vigorosa y bien dispuesta cuya constitución física apenas se diferenciaba o no se diferenciaba del todo de aquella de los campesinos, sus vecinos. Los niños crecían respirando el aire puro del campo, y

si llegaban a ayudar a sus padres en el trabajo, era sólo de vez en cuando, y no era cuestión de una jornada de trabajo de 8 ó 12 horas. El carácter moral e intelectual de esta clase se adivina fácilmente. Estos trabajadores nunca visitaban las ciudades porque el hilo y el tejido eran recogidos en sus domicilios por viajantes contra pago del salario, y así vivían aislados en el campo hasta el momento en que el maquinismo los despojó de su sostén y fueron obligados a buscar trabajo en la ciudad. Su nivel de vida intelectual y moral era de la gente del campo, con la cual frecuentemente se hallaban ligados por los cultivos en pequeña escala. Ellos consideraban a su Squire -el terrateniente más importante de la región- como su superior natural; le pedían consejo, sometían a su arbitraje sus pequeñas querellas y le rendían todos los honores que comprendían estas relaciones patriarcales. Eran personas "respetables" y buenos padres de familia; vivían de acuerdo con la moral, porque no tenían ocasión alguna de vivir en la inmoralidad, ningún cabaret ni casa de mala fama se hallaban en su vecindad, y el mesonero en cuyo establecimiento ellos apagaban de vez en cuando su sed, era igualmente un hombre respetable, las más de las veces, un gran arrendatario que tenía en mucho la buena cerveza, el buen orden y no le gustaba trasnochear. Ellos retenían a sus hijos todo el día en la casa y les inculcaban la obediencia y el temor de Dios; estas relaciones patriarcales subsistían mientras los hijos permanecían solteros; los jóvenes crecían con sus compañeros de juego en una intimidad y una simplicidad idílicas hasta su matrimonio, e incluso si bien las relaciones sexuales antes del matrimonio eran cosa casi corriente, ellas sólo se establecían cuando la obligación moral del matrimonio era reconocida de ambas partes, y las nupcias que sobrevenían pronto ponían todo en orden. En suma, los obreros industriales ingleses de esta época vivían y pensaban lo mismo que se hace todavía en ciertos lugares de Alemania, replegados sobre sí mismos, separadamente, sin actividad intelectual y llevando una existencia tranquila. Raramente sabían leer y todavía menos escribir, iban regularmente a la iglesia, no participaban en la política, no conspiraban, no pensaban, les gustaban los

ejercicios físicos, escuchaban la lectura de la Biblia con un recogimiento tradicional, y convivían muy bien, humildes y sin necesidades, con las clases sociales en posición más elevada. Pero, en cambio, estaban intelectualmente muertos; sólo vivían para sus intereses privados, mezquinos, para su telar y su jardín e ignoraban todo lo del movimiento poderoso que, en el exterior, sacudía a la humanidad. Ellos se sentían cómodos en su apacible existencia vegetativa y, sin la revolución industrial, jamás hubieran abandonado esta existencia de un romanticismo patriarcal, pero, a pesar de todo, indigna de un ser humano.

Lo cierto es que no eran hombres sino simples máquinas, trabajando para algunos aristócratas que hasta entonces habían dirigido la historia; la revolución industrial no ha hecho otra cosa que sacar la consecuencia de esta situación reduciendo enteramente a los obreros al papel de simples máquinas y arrebatándoles los últimos vestigios de actividad independiente, pero, precisamente por esta razón, incitándolos a pensar y a exigir el desempeño de su papel de hombres. Si, en Francia, ello se debió a la política, en Inglaterra fue la industria -y de una manera general la evolución de la sociedad burguesa- lo que arrastró en el torbellino de la historia las últimas clases sumidas en la apatía con respecto a los problemas humanos de interés general.

La primera invención que transformó profundamente la situación de los obreros ingleses de entonces, fue la *Jenny*(3) del tejedor James Hargreaves, de Standhill, cerca de Blackburn en el Lancashire del Norte (1764). Esta máquina era la antecesora rudimentaria de la Mule que habría de sucederla más tarde; funcionaba a mano, pero en lugar de un huso -como en el torno ordinario para hilar a mano- poseía 16 ó 18, movidos por un solo obrero. De este modo fue posible proveer mucho más hilo que antes; mientras que anteriormente un tejedor, que empleaba constantemente tres hiladores, nunca tenía suficiente hilo y con frecuencia tenía que esperar, ahora había allí más hilo del que podían tejer los obreros existentes. La demanda de productos textiles que, por otra parte, estaba

en aumento, se incrementó de nuevo debido a los precios más bajos de estos productos, como consecuencia de la reducción de gastos de producción por el empleo de la nueva máquina. Como resultado, hubo necesidad de emplear a más tejedores y el salario de éstos se elevó. Y, como desde entonces el tejedor podía ganar más consagrándose a su oficio, abandonó lentamente sus ocupaciones agrícolas y se dedicó enteramente a la industria textil. En esa época una familia estaba compuesta de cuatro adultos y dos niños, que estaban limitados al trabajo de encanillado, llegaba a ganar, por 10 horas de trabajo diario, 4 libras esterlinas por semana -28 táleros al cambio prusiano actual- y a menudo más cuando los negocios marchaban bien y el trabajo urgía. No era raro que un solo tejedor ganara en su oficio 2 libras esterlinas por semana. Así es cómo la clase de los tejedores agrícolas desapareció poco a poco completamente, fundiéndose en la nueva clase de aquellos que eran exclusivamente tejedores, que vivían únicamente de su salario, no poseían propiedad, ni siquiera la ilusión de la propiedad que confiere el arriendo de tierras. Se convirtieron por tanto en proletarios (*working men*). A esto se añade asimismo la supresión de las relaciones entre hilador y tejedor. Hasta entonces, en la medida de lo posible, el hilo era torcido y tejido bajo un mismo techo. Como ahora la Jenny, al igual que el telar, exigía una mano vigorosa, los hombres también se dedicaron al hilado y familias enteras vivían de ello; en tanto que otras, forzadas a abandonar el torno para hilar, arcaico y obsoleto, cuando carecían de los medios para comprar una Jenny, tenían que vivir únicamente del oficio de tejedor del padre de familia. Así es cómo comenzó la división del trabajo entre tejido e hilado, que por consecuencia habría de ser llevada tan lejos en la industria.

Mientras que el *proletariado industrial* se desarrollaba así con esta primera máquina, por cierto muy imperfecta, ésta dio igualmente nacimiento a un *proletariado agrícola*. Hasta entonces, había existido un gran número de pequeños campesinos propietarios, llamados yeomen, que habían vegetado en la misma tranquilidad y la misma nada intelectual

que sus vecinos, los tejedores-agricultores. Ellos cultivaban su pequeña parcela de tierra con exactamente la misma negligencia que lo habían hecho sus padres, y se oponían a toda innovación con la obstinación particular de estos seres, esclavos de la costumbre, que no cambian en absoluto durante generaciones. Entre ellos había también muchos pequeños arrendatarios, no en el sentido actual del término, sino personas que habían recibido de sus padres y abuelos su pequeña parcela de tierra, ya sea a título de un arrendamiento hereditario, ya sea en virtud de una antigua costumbre, y que se habían establecido tan sólidamente como si la tierra les perteneciera en propiedad. Ahora bien, como los trabajadores industriales abandonaban la agricultura, un gran número de terrenos se hallaban vacantes, y allí se instaló la nueva clase de los *hacendados* (*grossen Pächter*), arrendando de un sólo golpe 50, 100, 200 arapendes y hasta más. Eran tenants-at-will, es decir, arrendatarios cuyo contrato podía ser rescindido cada año, y supieron aumentar el producto de las tierras por mejores métodos agrícolas y una explotación en escala más grande. Ellos podían vender sus productos más baratos que el pequeño yeomen, y éste no tenía otra solución porque su parcela ya no lo sustentaba sino vender su tierra y hacerse de una Jenny o un telar, o emplearse como jornalero, proletario agrícola, con un gran arrendatario. Su indolencia hereditaria y la manera negligente de explotar la tierra, defectos que había heredado de sus antepasados y que no había podido superar, no le dejaban otra solución, cuando fue obligado a entrar en competencia con personas que cultivaban su finca de acuerdo con principios más racionales y con todas las ventajas que confieren el cultivo en grande y la inversión de capitales con vistas a la mejora del suelo.

Sin embargo, la evolución de la industria no quedó ahí. Algunos capitalistas comenzaron a instalar Jennys en grandes edificaciones movidas por medio de la fuerza hidráulica, lo que les permitió reducir el número de los obreros y vender su hilo más barato que el de los hilanderos aislados que movían su máquina simplemente a mano. La Jenny fue mejorada constantemente, con el resultado de que a cada instante una

máquina se hallaba superada y debía ser transformada, incluso desecharla; y si bien el capitalista podía subsistir gracias a la utilización de la fuerza hidráulica, incluso con máquinas bastante viejas, a la larga el hilandero aislado no podía hacerlo.

Estos hechos marcaban ya el advenimiento del sistema de manufacturas; conoció una nueva extensión gracias al *Spinning Throstle* (telar continuo), inventado por Richard Arkwright, un barbero de Preston, en el Lancashire septentrional, en 1767. Esta máquina que se llama comúnmente en alemán Kettenstuhl (telar de cadena) es, con la máquina de vapor, la invención mecánica más importante del siglo XVIII. Ella es concebida *a priori* para ser *accionada mecánicamente* y fundada en principios enteramente nuevos. Al asociar las particularidades de la Jenny y del telar continuo, Samuel Crompton, de Firwood (Lancashire) 1785, creó la *mule*, y como Arkwright inventó por la misma época las *máquinas de cardar* y *de atar*, la manufactura devino el único sistema existente para el hilado del algodón. Poco se logró que estas máquinas fuesen utilizables para el hilado de la lana y más tarde del lino (en la primera década de ese siglo), luego de varias modificaciones poco importantes, y por esta razón se pudo reducir el trabajo manual también en estos sectores. Pero ahí no paró la cosa. En los últimos años del siglo pasado, el Dr. Cartwright, pastor protestante, había inventado el *telar mecánico*, y hacia 1804 lo había perfeccionado a tal punto que el mismo podía competir exitosamente con los tejedores manuales; y la importancia de todas estas máquinas se duplicó gracias a la *máquina de vapor* de James Watt, inventada en 1764 y empleada para mover máquinas de hilar a partir de 1785.

Estos inventos, que después fueron mejorados todos los años, decidieron la victoria del *trabajo mecánico* sobre el *trabajo manual* en los principales sectores de la industria inglesa, y toda la historia reciente de ésta nos muestra cómo los trabajadores manuales han sido desplazados de sus posiciones por las máquinas. Las consecuencias de ello fueron, de una parte, una rápida caída de los precios de todos los productos

manufacturados, el desarrollo del comercio y de la industria, la conquista de casi todos los mercados extranjeros no protegidos, el crecimiento acelerado de los capitales y de la riqueza nacional; y, de otra parte, el incremento aún más rápido del proletariado, destrucción de toda propiedad, de toda seguridad de sostén para la clase obrera, desmoralización, agitación política, y todos esos hechos que repugnan tanto a los ingleses acomodados y que vamos a examinar en las páginas que siguen. Hemos vistos anteriormente qué trastorno provocó en las relaciones sociales de las clases inferiores una sola máquina tan torpe como la Jenny: desde entonces ya no es para asombrarse de lo que ha podido hacer un sistema de maquinaria automática complejo y perfeccionado que recibe de nosotros la materia prima y la transforma en tejidos perfectos.

Sin embargo, examinemos más detenidamente el desarrollo⁶ de la industria inglesa*(18), y comencemos por una rama principal: la *industria del algodón*. De 1771 a 1775, se importaba por término medio menos de 5 millones de libras de algodón por año; en 1841, 528 millones, y la importación de 1844 llegó por lo menos a 600 millones. En 1834, Inglaterra exportó 556 millones de yardas de tejidos de algodón, 761/2 millones de libras de hilo de algodón, y artículos de géneros de punto de algodón por un valor de 1200000 libras esterlinas.

Ese mismo año la industria textil contaba con más de 8 millones de husos, 110000 telares mecánicos y 250000 manuales, sin incluir los husos de los telares continuos, y, según

⁶ En el original alemán (1845): **Verwicklung** (imbricación); en la edición de 1892; **Entwicklungen** (desarrollo).

* Según Porter: **The Progress of the Nation**, Londres, 1836, vol. I, 1838, vol. II, 1843, vol. III. (De acuerdo con indicaciones oficiales) y otras fuentes, en su mayoría igualmente oficiales (1892). El anterior esbozo histórico de la revolución industrial es inexacto en algunos detalles, pero en 1843-1844, no había mejores fuentes que las que he utilizado (F.E.).(77)

los cálculos de MacCulloch; este sector industrial directa o indirectamente constituía el sustento de cerca de un millón y medio de seres humanos en los tres reinos, de los cuales solamente 220000 trabajaban en las fábricas. La fuerza utilizada por estas fábricas se calculaba en 33000 caballos de fuerza motriz, producida por el vapor, y 11000 caballos de fuerza hidráulica. Actualmente estas cifras son muy superiores, pudiendo darse por seguro que en 1845 la potencia y el número de las máquinas, así como el número de obreros, es superior en 50% a aquellas de 1834. El centro principal de esta industria es el Lancashire, región donde nació; la misma ha revolucionado completamente a este condado, transformando las tierras sombrías y mal cultivadas en una comarca animada y laboriosa, ha decuplicado su población en 80 años y ha hecho brotar del suelo como por encantamiento ciudades gigantescas como Liverpool y Manchester que cuentan juntas 700000 habitantes, y sus vecinas Bolton (60000 h.), Rochdale (75000 h.), Oldham (50000 h.), Preston (60000 h.), Ashton y Stalybridge (40000 h.), así como toda una multitud de ciudades industriales.

La historia del Lancashire meridional conoció los más grandes milagros de los tiempos modernos, pero nadie ha hablado de ello, y todos estos milagros los realizó la industria textil. Por otra parte, Glasgow constituye un segundo centro para el distrito textil de Escocia, el Lanarkshire y el Refrewshire, y allí también la población de la ciudad central ha pasado de 30000 a 300000 habitantes desde la instalación de esta industria. En Nottingham y Derby, la calcetería recibió igualmente un nuevo impulso debido a la baja del precio del hilo y un segundo impulso debido a la mejora de la máquina de hacer medias, que permitía fabricar al mismo tiempo dos de ellas con un solo telar. Desde 1777, fecha de la invención de la máquina de hacer el punto enlazado, *la fabricación de encajes* ha devenido una rama industrial importante; poco después; Lindley inventó la *máquina de point-net* y, en 1809, Heathcote la *máquina bobbin-net*, que simplificaron infinitamente la fabricación de encajes y aumentaron paralelamente el consumo en igual proporción como consecuencia del nivel moderado de

los de los precios. Actualmente, por lo menos 200000 personas viven de esta actividad, la cual se desarrolla principalmente en Nottingham, Leicester y en el oeste de Inglaterra (Wiltshire, Devonshire, etc.).

Las ramas que dependen de la industria algodonera han conocido una expansión análoga: el blanqueo, el teñido y el estampado. El *blanqueo* por la utilización del *cloro* en lugar del oxígeno en el blanqueo químico, la *tintorería* debido al rápido desarrollo de la química, y el *estampado* gracias a una serie de invenciones mecánicas sumamente brillantes, conocieron un desarrollo que -además de la expansión de estas ramas debido al crecimiento de la industria del algodón- les aseguró una prosperidad desconocida hasta entonces.

La misma actividad se manifestó en el *beneficio de la lana*. Ésta era ya la rama principal de la industria inglesa, pero las cantidades producidas durante esos años no son nada en comparación con las que se producen actualmente. En 1782, toda la cosecha lanera de los tres años precedentes permanecía en estado bruto por falta de obreros, y así hubiera permanecido necesariamente de no haber sido por las nuevas invenciones mecánicas para el hilado de la lana. La adaptación de estas máquinas al hilado de la lana se logró con el mayor éxito. El desarrollo rápido que hemos visto en los distritos algodoneros afectó en lo adelante a los distritos laneros. En 1738, en el West-Riding, Yorkshire, se fabricaban 75000 piezas de paño; en 1817: 490000, y la expansión de la industria lanera fue tal que, en 1834, se exportaban 450000 piezas de paño más que en 1825. En 1801, se procesaba 101 millones de libras de lana (de las cuales 7 millones eran importadas); en 1835, 180 millones de libras (de las cuales 42 millones eran importadas). El distrito principal de esta industria es el West-Riding, Yorkshire; la lana inglesa de fibra larga se transforma en estambre en Bradford, y en las ciudades de Leeds, Halifax, Huddersfield, etc., la lana de fibra corta se transforma en hilos torcidos y es utilizada para el tejido; en tanto que en la región de Rochdale, Lancashire, además de manufacturas de algodón

se fabrica mucha franela, y en el oeste de Inglaterra se fabrican las telas más finas. También en ese distrito el crecimiento de la población es notable, y, desde 1831, debe haber crecido aún más, en 20-25% por lo menos.

Cifras de población

	1801	1831
Bradford	29000	77000
Halifax	63000	110000
Huddersfield	15000	34000
Leeds	53000	123000
Conjunto del West-Riding	564000	980000

En 1835, en los tres reinos, el hilado de la lana se hacía en 1313 fábricas con 71300 obreros, los cuales representaban una pequeña parte de la masa que vive directa o indirectamente de la industria lanera, con la exclusión de la casi totalidad de los tejedores.

Los progresos de la *industria lanera* fueron más tardíos, ya que la naturaleza de la materia prima hacía muy difícil la utilización de la máquina de hilar. Es cierto que hacia el final del siglo anterior ya se habían hecho ensayos en este sentido en Escocia, pero no fue sino en 1810 que el francés Girard ideó un método práctico de *hilada del lino*, si bien a estas máquinas no se le dio la importancia que tenían hasta que les fueron introducidas mejoras en Inglaterra y se emplearon⁷ allí en gran escala en Leeds, Dundee y Belfast. Entonces la industria lanera inglesa experimentó un rápido desarrollo. En 1814, Dundee recibió 3000 toneladas* de lino, en 1835 unas 19000 toneladas de lino y 3400 toneladas de cáñamo. La exportación de tela irlandesa

* La ton, o tonelada inglesa corresponde a 2 240 libras inglesas (1892). Es decir, cerca de 1000 kilos. (F. E.).

⁷ (1892) und durch ihre (1845) und ihre

hacia la Gran Bretaña pasó de 32 millones de yardas en 1800 a 53 millones en 1825, gran parte de la cual fue reexportada; la exportación de tela inglesa y escocesa pasó de 24 millones de yardas en 1820 a 51 millones en 1833. En 1835, el número de hilanderías de lino era de 347, con 33000 obreros, de las cuales la mitad se hallaba en Escocia meridional, más de 60 en el West-Riding, Yorkshire (Leeds y sus alrededores), 25 en Belfast, Irlanda, y el resto en Dorsetshire y Lancashire. La tejedura se hace en Escocia meridional, en diversos puntos de Inglaterra, y sobre todo en Irlanda. Los ingleses emprendieron con el mismo éxito el *beneficio de la seda*. Ellos recibían de Europa meridional y de Asia la materia prima ya hilada, y el trabajo esencial consistía en torcer la seda cruda (tramaje).

Hasta 1824, los derechos de aduana que, gravaban pesadamente la importación de seda en bruto (4 chelines por libra) afectaban seriamente a la industria inglesa de la seda y ella disponía solamente, debido a los derechos protectores, del mercado inglés y el de sus colonias. En ese año los derechos de importación fueron reducidos a un penique e inmediatamente el número de fábricas se incrementó notablemente; en un año el número de máquinas de reunir pasó de 780000 a 1180000; y si bien la crisis económica de 1825 paralizó momentáneamente esta rama industrial, en 1827 ya se fabricaba más que nunca, pues los talentos mecánicos y la experiencia de los ingleses aseguraban a sus máquinas de urdir la ventaja sobre las instalaciones inferiores de sus competidores. En 1835, el imperio británico poseía 263 fábricas de urdir con 30000 obreros, ubicadas en su mayoría en Cheshire (Macclesfield, Cogleton y los alrededores), en Manchester y Somerstshire. Por otra parte, todavía existen muchas fábricas para el tratamiento de los desperdicios de los capullos de seda, que sirve para hacer un artículo particular (*spunsilk* -hilados de seda) que los ingleses suministran a hilanderías de París y de Lyon. El tejido de seda así urdida e hilada se efectúa sobre todo en Escocia (*Paisley, etc.*) y en Londres (*Spitalfields*), pero igualmente en Manchester y otras partes.

Sin embargo, el desarrollo gigantesco alcanzado por la industria inglesa desde 1760 no se limita a la fabricación de telas de vestido. El impulso, una vez iniciado, se comunicó a todas las ramas de la actividad industrial y una multitud de invenciones, que no tenían relación alguna con aquellas que hemos citado, duplicaron su importancia debido a que surgieron en medio del movimiento general. Pero al mismo tiempo, luego que se demostró la importancia incalculable del empleo de la fuerza mecánica en la industria, se hicieron todos los esfuerzos para extender la utilización de esta fuerza a todos los campos y para explotarla⁸ a beneficio de los diversos inventores e industriales; además, la demanda de máquinas, combustibles, material de transformación redobló la actividad de una multitud de obreros y de oficios. Sólo con el empleo de la máquina de vapor es que se empezó a dar importancia a los inmensos *yacimientos carboníferos* de Inglaterra. La *fabricación de máquinas* data solamente de ese momento, así como el nuevo interés que se dio a las *minas de hierro*, que suministraban la materia prima para las máquinas. El incremento del consumo de lana desarrolló la cría de ovejas, y el aumento de la importación de lana, de lino y de seda tuvo por efecto un crecimiento de la marina mercante inglesa. Fue sobre todo la *producción de hierro* la que se incrementó. Las montañas inglesas, ricas en hierro, habían sido poco explotadas hasta entonces; siempre se había fundido el mineral de hierro con carbón de madera, el cual - debido a la mejora de los cultivos y al desmonte de tierras- resultaba cada vez más caro y escaso. Sólo en el siglo anterior es que se comenzó a utilizar para este propósito la hulla sulfurada (coke) y, a partir de 1780, se descubrió un nuevo método para transformar el hierro fundido con coke, hasta entonces utilizable solamente bajo la forma de arrabio, en hierro utilizable igualmente para la forja. A este método, que consiste en extraer el carbono mezclado con el hierro en el proceso de fusión, los ingleses dan el nombre de *puddling*, y gracias al mismo se abrió un nuevo campo para la producción siderúrgica inglesa. Se construyeron altos hornos cincuenta

⁸ (1892) zu benutzen: "utilizarla" (1845) auszubeuten

veces mayores que antes, se simplificó la fusión del mineral con la ayuda de insufladores de aire caliente y se pudo así producir acero a un precio tan ventajoso que en lo adelante se fabricó una multitud de objetos que antes se hacían de madera o de piedra. En 1788, Thomas Payne, el célebre demócrata, construyó en el condado Yorkshire el primer puente de acero que fue seguido de un gran número de otros puentes, aunque actualmente casi todas los puentes, en particular sobre las vías férreas, son de hierro fundido e incluso en Londres existe uno sobre el Támesis, el puente Southwalk, fabricado de este material. Asimismo, son de uso corriente las columnas de acero y las armazones para máquinas de igual material; y, desde la puesta en servicio del alumbrado de gas y los ferrocarriles, se abren nuevos campos para la producción siderúrgica en Inglaterra. Los clavos y los tornillos fueron poco a poco igualmente fabricados por máquinas. Huntsman, de Sheffield, descubrió en 1760 un modo para fundir el acero que hizo superflua una buena cantidad de trabajo y facilitó la fabricación de artículos baratos; y es entonces solamente gracias a la mayor pureza de los materiales disponibles, gracias asimismo al perfeccionamiento de las herramientas, a las nuevas máquinas, y a una división más minuciosa del trabajo, que la fabricación de productos metalúrgicos devino importante en Inglaterra. La población de Birmingham creció de 73000 h. en 1801 a 200000 en 1844, la de Sheffield de 46000 en 1801 a 110000 en 1844, y el consumo de carbón de solamente esta última ciudad alcanzó la cifra de 515000 toneladas en 1836. En 1805, se exportó 4300 toneladas de productos siderúrgicos y 4600 toneladas de hierro en lingotes; en 1834, 16200 toneladas de productos metalúrgicos y 107000 toneladas de hierro en lingotes; y la extracción de mineral de hierro que en 1740 fue de sólo 17000 toneladas llegó a casi 700000 toneladas en 1834. Solamente la fusión del hierro en lingotes consume más de 3 millones de toneladas de carbón por año, y no se podría imaginar la importancia que han adquirido en términos generales las minas de carbón en los últimos sesenta años. Todos los yacimientos carboníferos de Inglaterra y de Escocia son actualmente explotados, y las minas de Northumberland

y de Durham producen ellas solas más de 5 millones de toneladas anualmente para la exportación, y dan ocupación a 40 ó 50 mil obreros. Según el *Durham Chronicle*,(19) había en actividad en esos dos condados 14 minas de carbón en 1753, 40 en 1800, 76 en 1836, y 130 en 1843. Por lo demás, todas las minas son actualmente explotadas mucho más activamente que antes. Asimismo, se explotan más activamente las *minas de estaño*, de *cobre* y de *plomo*, y paralelamente a la expansión de la *fabricación de vidrio* se creó una nueva rama industrial con la fabricación de *objetos de barro* que hacia 1763 adquirió importancia gracias a Josiah Wedgwood. Este redujo toda la fabricación de la vajilla de barro vidriado a principios científicos, mejoró el gusto del público y fundó las *alfarerías* del Staffordshire del norte, región de ocho leguas cuadradas inglesas, que antes era un desierto estéril, y ahora se halla sembrada de fábricas y viviendas, y más de 60000 personas viven de esta industria.

Todo fue arrastrado por este movimiento, este torbellino universal. La *agricultura* fue igualmente transformada. Y, como hemos visto, no sólo las tierras pasaron a manos de otros poseedores y cultivadores, sino que además fueron afectadas de otra manera. Los grandes cultivadores emplearon su capital en la mejora del suelo, derribaron las inútiles cercas de separación, utilizaron mejores instrumentos e introdujeron una alternación sistemática en los cultivos (*cropping by rotation*). Ellos también se beneficiaron del progreso de las ciencias. Sir Humphrey Davy aplicó con éxito la química a la agricultura, y el desarrollo de la mecánica le produjo gran número de ventajas. Por otra parte, el crecimiento de la población provocó tal alza en la demanda de productos agrícolas que, de 1760 a 1834, se desmontaron 6840540 arpendes ingleses de tierras estériles, y, a pesar de todo, Inglaterra, de país exportador de trigo se convirtió en importador.

Igual actividad en el establecimiento de *vías de comunicación*⁹. De 1818 a 1929, se construyó en Inglaterra y

⁹ (1892) *Kommunikationen* (1845) *Kommunikation*

en el país de Gales mil leguas inglesas de carreteras, de un ancho legal de 60 pies, y casi todas las carreteras antiguas fueron renovadas según el principio de Mac Adam. En Escocia, los servicios de obras públicas construyeron, a partir de 1803 poco más o menos, 900 leguas de carreteras y más de 1000 puentes, lo cual permitió a las poblaciones de las montañas ponerse súbitamente en contacto con la civilización. Hasta entonces la mayoría de los montañeses habían sido cazadores furtivos y contrabandistas; en lo adelante se convirtieron en agricultores y artesanos laboriosas y, aunque se han creado escuelas galesas a fin de conservar la lengua, las costumbres y la lengua galocélticas están en vías de una rápida desaparición ante el progreso de la civilización inglesa. Lo mismo ocurre en Irlanda. Entre los condados de Cork, Limerick y Kerry se extendía antes una región desértica, sin caminos transitables, que debido a su inaccesibilidad era el refugio de todos los criminales y el principal bastión de la nacionalidad celta-irlandesa en el sur de la isla: Se la surcó de carreteras y se permite así a la civilización penetrar incluso en este país salvaje.

El conjunto del imperio británico, pero sobre todo Inglaterra, que hace sesenta años poseía tan malos caminos como los de Francia y Alemania en esa época, está cubierto hoy de una red de magníficas carreteras; y éstas se deben, como casi todo en Inglaterra, a la industria privada, porque el estado ha hecho muy poco o nada en este campo.

Antes de 1755, Inglaterra poseía muy pocos canales. En 1755, en Lancashire, se construyó el canal de Sankey Brook en St. Helens; y en 1759 James Brindley construyó el primer canal importante, el de duque de Bridgewater que va de Manchester y las minas de esta región a la desembocadura del Mersey y que, en Barton, pasa mediante un encañado por encima del río Irwell. Desde entonces es que data la red de canales ingleses a la cual Brindley fue el primero en darle importancia; se trazaron canales en todas direcciones, y se hicieron navegables los ríos. En Inglaterra solamente hay 2200 leguas de canales y 1800

leguas de ríos navegables; en Escocia se construyó el canal caledonio que atraviesa el país de parte a parte, y en Irlanda también diferentes canales. Estas instalaciones, como los ferrocarriles y las carreteras, se deben casi todas a la iniciativa particular y a las compañías privadas.

La construcción de ferrocarriles es de fecha reciente. La primera vía importante fue la de Liverpool a Manchester (inaugurada en 1830); desde entonces, todas las grandes ciudades han sido unidas por vías férreas. Por ejemplo, el ferrocarril de Londres a Southampton, Brighton, Dover, Colchester, Cambridge, Exeter (vía Bristol) y Birmingham; de Birmingham a Gloucester, Liverpool, Lancaster (vía Newton y Wigan y vía Manchester y Bolton), además a Leeds (vía Manchester y Halifax y vía Leicester, Derby y Sheffield); de Leeds a Hull y Newcastle (vía York...). Añadamos a ello las numerosas vías menos importantes, en construcción o en proyecto, que pronto permitirán ir de Edimburgo a Londres en un solo día.

Del mismo modo que el vapor había revolucionado las comunicaciones en tierra, dio también a la navegación un nuevo prestigio. El primer barco de vapor navegó en 1807 por el Hudson en la América del Norte; en el imperio británico el primero fue lanzado al agua en el Clyde. Desde esa fecha, se han construido más de 600 en Inglaterra y en 1836 más de 500 se hallaban activos en los puertos británicos.

Tal es, en suma, la historia de la industria inglesa en los últimos sesenta años, una historia que no tiene igual en los anales de la humanidad. Hace sesenta u ochenta años, Inglaterra era un país como todos los demás, con pequeñas ciudades, una industria poco importante y elemental, una población esparcida, pero relativamente importante; y ahora es un país sin par, con una capital de 2 millones y medio de habitantes, ciudades industriales colosales, una industria que abastece al mundo entero, y que fabrica casi todo con la ayuda de las máquinas más complejas, una población densa, laboriosa

e inteligente, cuyas dos terceras partes son empleadas por la industria¹⁰, y que se compone de clases muy diferentes de aquellas de antaño, que incluso constituye enteramente otra nación, con otras costumbres y otras necesidades distintas a las de antes. La revolución industrial tiene para Inglaterra ya significación que tuvo para Francia la revolución política y la revolución filosófica para Alemania, y la diferencia existente entre Inglaterra de 1760 y aquella de 1844 es por la menos tan grande como aquella que diferencia la Francia del antiguo régimen¹¹ de aquella de la revolución de julio. Sin embargo, el fruto más importante de esta revolución industrial es el proletariado inglés.

Ya hemos visto que el proletariado nació de la introducción del maquinismo. La rápida expansión de la industria exigía brazos; el salario aumentó por consecuencia, y grupos compactos de trabajadores procedentes de las regiones agrícolas emigraron hacia las ciudades. La población creció a un ritmo acelerado, y casi todo el incremento se debió a la clase de los proletarios.

Por otra parte, no fue sino hasta el comienzo del siglo XVIII que reinó cierto orden en Irlanda; allí también la población, más que diezmada por la barbarie inglesa durante las perturbaciones anteriores, se incrementó rápidamente, sobre todo después que el desarrollo industrial comenzó a atraer hacia Inglaterra una ola de irlandeses. Así es cómo nacieron las grandes ciudades industriales y comerciantes y de contactos artesanos. Del mismo modo tres cuartas partes de la población forma parte de la clase obrera, y donde la pequeña burguesía se compone de comerciantes y de contactos artesanos. Del mismo modo que la nueva industria no adquirió importancia sino desde el día en

¹⁰ En las ediciones inglesas de 1887 y 1892... **trade and commerce** (industria y comercio).

¹¹ En francés en el texto alemán. "Ancien régime" (antes de la revolución francesa 1789-1794)

que transformó las herramientas en máquinas, los talleres en fábricas, y por ende la clase trabajadora mediana en proletariado obrero, los negociantes de antes en industriales; del mismo modo, en efecto, la pequeña clase media fue aplastada y la población reducida a la simple oposición entre capitalistas y obreros; es lo mismo que ha ocurrido fuera del sector industrial en el sentido estricto de la palabra entre los artesanos e incluso en el comercio. Así, a los maestros y oficiales de antes han sucedido los grandes capitalistas y los obreros que jamás tenían la perspectiva de elevarse por encima de su clase; el artesanado se industrializó, la división del trabajo se efectuó con rigor, y los pequeños artesanos que no ahora que los maestros son despojados por los industriales, que la puesta en marcha de un negocio autónomo requiere grandes capitales, podían competir con los grandes establecimientos fueron lanzados a las filas de la clase proletaria. Pero, al mismo tiempo, la eliminación de ese artesanado, el exterminio de la pequeña burguesía, quitaron al obrero toda posibilidad de convertirse él mismo en burgués. Hasta entonces siempre había tenido la perspectiva de poder establecerse como maestro en alguna parte, y tal vez contratar a oficiales más tarde; pero es cuando el proletariado ha devenido realmente una clase estable de la población, en tanto que antes se hallaba con frecuencia en un estado de transición para el acceso a la burguesía. En lo adelante, quien naciera obrero no tenía otra perspectiva que la de ser un proletario toda su vida. Por tanto en lo adelante -por primera vez- el proletariado era capaz de emprender acciones autónomas.

De esta manera es cómo se reunió la inmensa masa de obreros que ocupa actualmente todo el imperio británico, y cuya situación social llama cada día más la atención del mundo civilizado.

La situación de la clase obrera, es decir, la situación de la inmensa mayoría del pueblo, o también la cuestión siguiente: ¿cuál debe ser la suerte de esos millones de seres que no poseen nada, que consumen hoy lo que ganaron ayer, cuyos

descubrimientos y el trabajo han labrado la grandeza de Inglaterra, que diariamente se hacen más conscientes de su fuerza, y exigen cada día más imperiosamente su parte de las ventajas que procuran las instituciones sociales? -desde la "ley de reforma"(20), ésta se ha convertido en la cuestión nacional. Ella es el común denominador de todos los debates parlamentarios de alguna importancia, y aunque la clase media inglesa no quiera admitirlo todavía, aunque trate de eludir esta importante cuestión y haga pasar sus intereses particulares por los verdaderos intereses de la nación, esos expedientes no le servirán de nada. Cada período de sesiones del Parlamento ve la clase obrera ganar terreno y los intereses de la clase media perder importancia, y aunque la clase media sea la principal e incluso la única fuerza en el Parlamento, la última sesión de Cámara de los Comunes, ha sido el héroe de esta sesión, en tanto 1844 no ha sido más que un largo debate sobre las condiciones de vida de los obreros (ley de los pobres, ley de fábricas, ley sobre las relaciones entre poderosos y subordinados)(21), y Thomas Duncombe, representante de la clase obrera en la que la clase media liberal con su moción sobre la supresión de las leyes sobre granos, y la clase media radical con su proposición de rehusar los impuestos han jugado un papel lamentable. Incluso las discusiones sobre Irlanda no fueron en realidad más que debates sobre la situación del proletariado irlandés y sobre los medios de mejorarla. Pero ya es hora que la clase media inglesa haga concesiones a los obreros, que ya no suplican, sino que amenazan y exigen, porque antes de mucho podría ser demasiado tarde.

Pero la clase media inglesa y, en particular, la clase industrial que se enriquece directamente de la miseria de los trabajadores, no quiere saber nada de esta miseria. Ella que se siente fuerte, representativa de la nación, se avergüenza de mostrar a los ojos del mundo esta llaga en el flanco de Inglaterra; ella no quiere admitir que los obreros se hallan en la miseria, porque es *ella*, la clase industrial poseedora, quien tendría que asumir la responsabilidad moral de esta miseria. De ahí que la actitud burlona que adoptan los ingleses cultos -y ellos son los únicos,

es decir la clase media, a quien se conoce en el continente- cuando se ponen a hablar de la situación de los obreros; de ahí la ignorancia total, de toda la clase media, respecto a todo lo que afecta a los obreros; de ahí las torpezas ridículas que esta clase comete en el Parlamento y fuera del mismo cuando se discuten las condiciones de vida del proletariado; de ahí la indiferencia risueña, a la cual ella se abandona, en un suelo que se hallaba minado bajo sus pies y puede hundirse de un día para otro, y cuyo hundimiento cercano tiene la ineluctabilidad de una ley matemática o mecánica; de ahí este milagro: los ingleses todavía no poseen información completa sobre la situación de sus obreros; mientras se hacen investigaciones y se abusa de los rodeos en torno a este problema desde hace quien sabe cuántos años. Pero es esto asimismo lo que explica la profunda cólera de toda la clase obrera, desde Glasgow hasta Londres, contra los ricos que los explotan sistemáticamente y los abandonan después sin piedad a su suerte, cólera que en muy poco tiempo -casi se puede calcularlo- estallará en una revolución, comparada con la cual la primera revolución francesa y el año 1794 serán un juego de niños.